

CUADERNOS DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN KÓRE,

UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

Nº 1

Edita LAURA BRANCIFORTE

MUJERES CONTEMPORÁNEAS:
SOPORTANDO EL TIEMPO, ANIMANDO EL CAMBIO

Montserrat Huguet

“Tal vez, lector masculino, sepas mejor de lo que yo pueda explicártelo qué cosa es un “palimpsesto”. (...) No obstante, puesto que hay quienes “no” lo saben o lo han olvidado, permíteme explicártelo aquí: no vaya a ser que alguna lectora que honra estos artículos con su atención me acuse de faltar a una explicación que era necesaria, lo cual sería más duro de soportar que las quejas, proferidas simultáneamente por doce orgullosos caballeros, de que mis explicaciones son tres veces excesivas. Advierte pues, bella lectora, que si explico el sentido de la palabra es única y exclusivamente por “tu” propia conveniencia”¹.

Thomas de Quincey

Soportando el tiempo.

A juicio del muy noble filósofo Thomas de Quincey, la necesidad de tener que explicar qué es *El palimpsesto* –título del artículo en cuestión- tiene más que ver con la gentileza de un caballero que hace un favor

¹ DE QUINCEY, TH.: “El Palimpsesto” en *Suspiria de Profundis*, (1845), Madrid, Alianza, 2008, p.81.

a las damas lectoras que con la obligación académica de considerar que el lector, cualquiera que sea su género, merece dicha aclaración. La ofensa que de la explicación innecesaria pueda proferirse contra el lector varón –sea este ilustrado o no- debe asumirse como el precio mínimo de la atención tutelar que las damas merecen. “*Somos –continúa De Quincey- dragomanes perpetuos y hereditarios del sexo femenino. De manera que, si por casualidad conoces el sentido de una palabra griega, por cortesía a nosotros, tus ilustrados consultores en la materia, deberás aparentar que no la conoces*”² Solapar con halagos hipócritas la creencia de lo atontadas e incultas que puedan ser las damas es una actitud que, lejos de juzgarse condescendiente, procura a la postre enormes beneficios pues mantiene la estabilidad y el orden, la mansedumbre en los hábitos de las señoras que se sienten confortadas en su tonta condición.

Este tipo de asuntos históricos que afectan a las relaciones de género y a los vínculos entre dichas relaciones y los hábitos de la cultura puede parecer del todo irrelevante en el amplio marco de la Historia. No seré yo quien diga lo contrario. Me limitaré aquí a opinar que, no obstante, la narración de la historia sería tosca si nos ocupásemos solo de aquello que se estima esencial, aquello que se nos muestra grande y, por ello, procuramos sea accesible al lector por medio de síntesis de lectura cabilosa. Lo particular y lo sutil, quizá lo cotidiano, en cambio, todo aquello que resulta ilegible en los términos propios del lenguaje de las categorías, tiene la desventaja de no mostrarse importante a los ojos de la Historia, pero el gusto y buen tino sin embargo de enaltecer la vida. Será quizá por ello que alimenta la curiosidad de la gente. Así que, fijarse en la historia esperando de ella que procure la enumeración de unos principios elevados e incommovibles a los que asirnos, o que formule dictámenes en respuesta a las muy ambiciosas exigencias del presente (la verdad y la justicia), estrecha el horizonte de la legibilidad natural del tiempo y, como sustancia de él, de las acciones de los hombres. conviene

² Ibidem.

pues no ser tan exigentes con la importancia de la historia en el presente, ya que, *“del tiempo que llamamos el presente apenas si hay una centésima parte que no pertenezca al pasado que ha huido o al futuro que aún no llega. Ya desapareció o aún no ha nacido. Fue o todavía no es. Y aún esta aproximación a la verdad es infinitamente” falsa*³

Por esto, y aunque la ambición referida al trabajo académico sea una virtud indudable, me parece un ejercicio muy sano evitar plantarse delante de la escritura de la historia con un espíritu henchido de grandes expectativas. Todo llegará, si es que ha de hacerlo y no debe llamar a sentimiento de vergüenza la mirada en corto, modesta, en la que es posible sugerir pequeñas cosas que quizá nadie hasta ahora haya lamentado no haber puesto por escrito... De ahí que, y sin ánimo de minusvalorar la materia, la Historia de las Mujeres y los Estudios de Género tienen a mi juicio la enorme ventaja de haber fomentado el hábito de lo supuestamente menor que es casi siempre lo más relevante.

Recientemente leíamos: *“Para explicar por qué me interesan más las mujeres que los hombres, utilizo un argumento bien sencillo. Si uno quiere que el público se interese por un hombre, hay que tenerle todo el rato haciéndole pasar a la velocidad del sonido, descubriendo América o matando a cincuenta enemigos. (...) cosas excepcionales y extravagantes. En cambio, ese mismo público se puede interesar en la vida de una mujer simplemente mostrándola en su vida cotidiana. (...) La vida cotidiana de una mujer es tan difícil como descubrir América (...)”*⁴ Aunque es cosa dicha que son las mujeres quienes eligen la película y ellos quienes compran la entrada, no parece difícil sentir cierta empatía con observaciones de esta naturaleza, que nacen de la voz de un autor —en este caso de cine— con una buena reputación en su campo como lo es Claude Chabrol. No parece difícil porque la batalla de la opinión se gana en la empatía y el ejercicio de la complacencia con las necesidades afectivas de los más débiles.

³ De QUINCEY, TH.: “Savannah-la Mar”, en *Suspiria...*, Op. Cit. p. 108-109.

⁴ Claude CHABROL, en declaraciones a EL PAIS, suplemento BABELIA, 10 mayo 2008. p. 35.

Algo diferente sucedería en cambio si quien tomase la palabra en favor de las mujeres y lo importante que es su función en la historia de la especie no fuese un artista respetado sino una rata anónima a la que imaginamos incapaz de transmitir empatía de ningún género. El hecho de contemplar a una rata que piensa y habla como podría hacerlo un ser humano, con un alto grado de rectitud y de sentido común parece poco más que un chiste de dudoso gusto. Lo que opine el animal en cuestión –aunque sea investido de ciertas virtudes impropias en muchas personas- nos parecerá irrelevante. Con todo, merece la pena no mandar al cuerno con ligereza el juicio de Firmin –que así se llama la rata macho de Sam Savage- acerca de la condición de las mujeres, que él –es decir, la rata- conoce por los libros cuyas páginas devora –literalmente. La rata Firmin tiene una opinión alentadora acerca de las hembras humanas: “(...) *mis muchas lecturas* –dice Firmin- *habían disipado cualquier duda al respecto: además de todas esas multitudes de sádicos, malvados, psicópatas y envenenadores, la especie dominante también podía enorgullecerse de verdaderos ejemplos de amabilidad y comprensión, y la mayor parte de estos ejemplos eran mujeres*”⁵. Una rata tan fina y cultivada saborea las bondades que la historia de la representación de las mujeres ha fijado de ellas en los libros que lee y enaltece su carácter doméstico y pacificador por contraposición a la violencia que en sus múltiples facetas destilan los machos. Quizá –deduce- ellas sean buenas precisamente porque ellos no lo son. Así que, siendo las mujeres –en opinión de Firmin- excepciones caprichosas en la torcida pauta moral de los humanos, estamos obligados a preguntarnos qué mal han hecho en la historia para que sus congéneres las hayan tenido en tan poca estima, y por qué los historiadores han eludido, no ya su presencia y acción, sino la historia de su ausencia, tratándolas bien como plagas aborrecibles cuando se inmiscuyen en lo que no les concierne –o sea, casi siempre-, bien como santas sufridoras, cuando se resignan a permanecer ocultas tras la celosía del balcón. Firmin

⁵ SAVAGE, S.: *Firmin. Aventuras de una alimaña urbana*, Barcelona, Seix Barral, 2007, p.128.

desconoce que la historia de la amabilidad y de la comprensión –prendas que atribuye a las mujeres-, se han confundido con el exceso de liberalidad en las costumbres y que por ello pueden ser causa de ofensa en público. Si este tipo de preguntas, acerca de la ausencia de las mujeres en el discurso histórico y del grado de aceptación con el que han sufrido la privación de su libertad a lo largo de la historia, son inexcusables, dudo sinceramente que las respuestas que puedan dársele satisfagan a alguien. Tengo al menos la confianza de que pocos estén en desacuerdo con la idea de que, cualquiera que hayan sido las razones del silencio y la postración, uno de los elementos fundamentales de la cuestión es que las mujeres han afrontado su relación con el mundo y con el tiempo histórico en un perpetuo descompás con respecto al ritmo *oficial*.

Quien más y quien menos, tiene la certeza de que toda historia instituida se ajusta a unas pautas y mantiene una cadencia que se acuerda con los intereses, preocupaciones morales y valores culturales del momento en que se construye. Los gustos varían, pero sobre todo lo hacen las necesidades más íntimas, (si no está mal decirlo así, espirituales), de modo que la mirada hacia el pasado –en ocasiones sobre la propia memoria- se hace turbia o emborrona verdades que tal vez solo lo fueron a medias. La nuestra, la del así llamada Historia de Occidente, compendio de tantas tipologías, especialidades narrativas y contenidos más o menos formales, comienza en cualquier caso cuando se manifiesta el interés de unos pocos por conocer el mundo que da cobijo a la comunidad y la relación que este guarda con el Universo. La revolución Copernicana tuvo seguramente su función al respecto. Pero a la mayoría de la gente, a las mujeres también, esta preocupación les resultaba del todo indiferente. Las cosechas y los nacimientos, las defunciones o las plagas, en sus ciclos habituales, atraían toda la atención que un mortal es capaz de ofrecerle al mundo. Mientras la vida de todos seguía su curso, generación tras generación, se produjo el obcecamiento de algunos por conocerse y reconocerse en tanto entidad física y racional.

Dejemos en este caso la responsabilidad a gente como Vesalio o Voltaire, ya que a la gente común –insisto– este tipo de desafíos seguía interesándoles menos que poco. Descubrir era un lujo solo al alcance de los ociosos, y el ocio, una práctica comunmente desconocida, ya que pararse a mirar era equivalente a caer y morir. En los tiempos más recientes finalmente, el hombre ha pretendido hacerse una idea de asuntos más difusos, por ejemplo qué tenía él que ver con la Naturaleza y si, en su historia común con ella, podía convertirse en un ser diferente al que venía siendo. Inmersos en estas preocupaciones que a la larga se demostrarían esenciales, Darwin y los suyos hicieron el crucial trabajo de insinuar que la especie humana, como le sucede al ganado que se cría cautivo, podía llegar a tener una *trazabilidad* científicamente contrastable y que era preciso registrar.

Para situarnos de forma precisa en las preocupaciones de la condición humana que rigen el inicio de la contemporaneidad conviene recordar que la piedra angular del conocimiento del mundo es aún sugerida por la tensión entre el dogma cristiano y las leyes naturales que, pretendidamente, organizan la Naturaleza; véase, el debate entre la teología y la ciencia. De la armonía del mundo creado por Dios no dudaban los campesinos, ni tampoco los teólogos a principios del siglo XIX. Anticipo del moderno creacionismo, en su *Teología natural* (1802), el obispo anglicano William Paley⁶, al observar con fascinación el complejo mundo que le rodea sostiene que la adaptación de los seres vivos al entorno explica precisamente la existencia de Dios. Quién si no podría ser artífice de tanta complejidad. El símil del reloj –una pieza mecánica muy valorada en el siglo XVIII– sirve para entender el mundo físico, organizado según un conjunto de leyes naturales cuyo funcionamiento es semejante al de un mecanismo de relojería. Del mismo modo, las sociedades inventan y construyen mecanismos precisos que

⁶ PALEY, W., PAXTON, J.: *Natural Theology, or Evidences of the Existence and Attributes of the Deity collected from the Appearances of Nature*. (1802). Kessinger Publishing, 2003.

garantizan su buen funcionamiento. Al igual que el relojero cuida con mimo su máquina, Dios vigila que el hombre se maneje en sociedad con eficacia. Él y solo él nos garantiza el orden. Los cambios, las rebeliones,... cualquier iniciativa del hombre –o de la mujer- tienden a fomentar el caos y merecen por ello ser mantenidos a raya. Corregir la desviación horaria de un reloj es la tarea del relojero. Entretanto, y por si el relojero duerme –esto no lo dice Paley- los hombres, cuyo débil destino no puede ser desperdiciado por los retrasos injustificados que producen unos engranajes mal engrasados, harán uso de las herramientas que aquel les confió para ajustar la maquinaria del mundo. Harán uso de la ciencia –amparo terrenal-, elevándola al rango de teología moderna.

¿Qué hacían y pensaban las mujeres entre tanto? Entre tanto, las mujeres se plegaban a una secuencia de tiempos bien distinta. Como andaban a paso más corto, si querían atarse al acelerado compás del mundo tenían por fuerza que acelerar. En apenas un siglo, el XIX, comenzaron a reconocerse como identidad física y de género, saltándose la fase de reconocimiento del mundo. Luego, hacia el XX, intentaron establecer los vínculos e intersticios de su relación con un mundo que, al haber sido hecho por otros en tiempos ya remotos, en realidad no les llamaba demasiado la atención y no encajaba con sus gustos. Solo al final del recorrido, -como en el origen de los tiempos- y haciendo práctica consciente del conocimiento, se incorporaron a la tarea común de identificar la esencia del mundo al que, si bien de aquella manera, pertenecían.

Una vez hubieron llegado a la meta de la acción, estableciendo, según hemos visto, una marca record, la mirada de las mujeres sobre una historia –cercana, remota, cotidiana o universal- y sobre unos juicios que las ninguneaban desde siempre se trasmutó gracias al ahínco de unas pocas en el surgimiento de unos expertísimos y sesudos estudios, sobre las mujeres en la historia primero y sobre las relaciones de género después

que, en sus múltiples posibilidades, pretendía abarcarlo todo: esto, aquello y lo de más allá. A partir de ese momento la opinión general hubo de dar por sentado que la personalidad de las féminas era sumamente generosa, y no solo en sus afectos sino también en sus proporciones y capacidades; y que si no se le ponía freno, llegaría a ser lo más parecido a un yacimiento urbano, constituido por innumerables capas sedimentarias.

En el inicio de esta historia -para ellas, la del reconocimiento de su naturaleza- la utopía liberal proponía un ámbito privado en el que las mujeres se ofrecían primordialmente a la custodia y el cuidado de las personas con las que convivían. La abnegación como valor principal infunde al sujeto femenino una cualidad única en la historia, que constituye la base de las organizaciones burguesas, armoniosas y prósperas. La esencia de la organización propuesta es la negación del conflicto y en consecuencia la propensión al orden y a la estabilidad. Entretanto, el sujeto masculino se desenvuelve mejor que nunca en el espacio público. Allí su actuación es libre y plenamente activa; es además, a diferencia de la de las mujeres en el seno de la sociedad privada, cuantificable, mensurable en términos económicos, de producción y de productividad, de logros; merecedora pues de reconocimiento y recompensa.

Paralelamente a la consagración de esta dicotomía conceptual y funcional, la revolución, prueba ejemplar del cambio histórico, propone un estado de conflicto que incita constantemente a la fusión de las esferas pública y privada. Pero la identidad del sujeto femenino en el seno de la burguesía ascendente en el Antiguo Régimen es variable y en ocasiones confusa. Ve quebrarse los principios que le dan forma institucional –reinado en el hogar- a causa de subversiones del orden social que reclaman a las mujeres responsabilizarse también de ciertos intereses materiales propios de la vida pública⁷. El sentido común que se estaba edificando en torno a la familia se ve sustancialmente alterado por la adquisición que las mujeres hacen de ciertas

⁷ HUGUET, M. y GONZÁLEZ MARÍN, C. (Eds): *Género y espacio público. Nueve ensayos*, Madrid, Dykinson, 2008.

conciencias: la de individuo, en primer término y mucho después, la de género. Si la condición femenina de las burguesas en el tránsito del Antiguo Régimen⁸ a la Edad Contemporánea se había edificado a partir de la función de entrega al otro, las revoluciones del XIX sugirieron a las mujeres que podían identificarse en tanto sujeto histórico, ante sí mismas primero y posteriormente ante los demás. Las mujeres irán descubriendo paulatinamente, no sin merma de una quiebra en su salud física y psíquica, sus cualidades personales, la posibilidad de su función cívica y las consecuencias de su responsabilidad hacia el *común* (¿pueblo, nación, sociedad de masas, sociedad democrática?).

Pero, como en el resto de los sujetos históricos que se incorporan al discurso contemporáneo, el tránsito hacia la conciencia moderna en las mujeres es traumático, recorrido por la condición tumultuosa e indecisa de las identidades jóvenes, y por la prueba –cotidiana– de que hay problemas que el tiempo de la historia no está hecho para resolver aún⁹. En la narración que las mujeres hacen de sí mismas en la acción y el cambio se muestra a menudo el recurso a la auto inmolación, la tentación continua a la autocrítica por los desengaños que devienen de ponerse al frente de cargas personales desmesuradas, tareas inmensas que facilitan la necesidad de purgar el pecado del “*ser para sí*”, una falta *natural* a juicio de los hombres. Esta creencia es ancestral y pervive soterrada, ajena a la moderna moral burguesa, alentada por la tendencia de las costumbres a perdurar más allá de la voluntad de transformación inherente a la inconstante condición activa de los hombres¹⁰.

Animando el cambio.

⁸ PULEO, A.: *La polémica de los sexos en el siglo XVIII*, Barcelona, Anthropos, 1993.

⁹ NASH, M.: *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Barcelona, Alianza Editorial, 2004.

¹⁰ HUGUET, M.: “El género de la memoria” en *Thémata*, vol. 39, Sevilla, 2008, pp. 255-263.

Volviendo al relojero de Paley, no es preciso esperar a que Dios quiera ponerla a punto para que la maquinaria funcione. La tendencia del mundo contemporáneo a empujar las cosas y a mirar la historia con un juicio *deportivo* nos proporciona ciertamente alegrías. El tesón con que la gente se aplica a querer cambiar el mundo en aras de un futuro que promete mejoras o, si se prefiere, del comúnmente llamado *progreso*, ha hecho posibles ciertas actitudes históricas de enorme capacidad gimnástica. La emergencia de las mujeres en la escena pública ha sido una de esas piruetas aparentemente imposibles que acaba sustanciándose en una imagen de indudable valor, también plástico.

No está de más que echemos un vistazo a las campesinas y a las chicas trabajadoras de las manufacturas, cuando se acicalan en día festivo para ir al baile. Por lo general son tan pobres que carecen de un espejo en el que mirarse y por ello, son las unas a las otras las que se dicen cómo prenderse el vistoso lazo nuevo en el pelo. Entonces, una de estas chicas avisgadas, desconfiando seguramente de la bondad del juicio de sus amigas hacia su persona –ya van quedando pocos mozos libres de matrimonio- recuerda el viejo artilugio que le enseñara su madre (¡Fíate solo de tí misma!). Así que, abriendo la hoja de la ventana de su cuarto, cuelga un lienzo blanco de la parte exterior del cristal. ¡Et Voilá!, la joven ya tiene un espejo del que tomar conocimiento veraz acerca de ella misma. El cristal de la ventana le devuelve la imagen graciosa y oscilante de su cuerpo encaramado sobre las punteras de los zapatos que no se ven. El calzado, deslucido aunque muy limpio, importa poco cuando no se puede elegir cambiarlo. El cuerpo de la chica se desvanece bajo el mandil inmaculado de domingo y las medias zurcidas en las rodillas y los talones. El rostro sin embargo... muda por sí mismo, animado por la voluntad de mejora, de felicidad. Es el rostro el que ha de estar radiante, el que se ve.

Así mismo, la historia de las mujeres ha dado cuenta parcial y velada por la tosquedad del cristal improvisado acerca de su imagen. De los textos

deducimos que a lo largo de la historia las mujeres han hallado en el imaginario cultural la visibilidad que se les negaba. De este modo, ellas habrían encontrado su primer acomodo en aquellos nichos destinados a la transmisión oral del saber cotidiano y a la representación de mundos deseados y casi siempre imposibles. En los corrillos callejeros el eco de sus cuchicheos se esfumaría a la primera de cambio. No ha quedado apenas registro de sus experiencias pero, de quedar, lo ha hecho tamizado por el denso filtro de la narración concluyente de unos tiempos en los que la humanidad era, y eso con suerte, cosa de la mitad –o mucho menos que de la mitad, puesto que los viejos y los niños poco tenían que decir. Sin embargo, y por no mostrarme maximalista, preciso es reconocer que también algunas mujeres han sido objeto y catapulta de potentes manifestaciones transitorias en la historia.

Dice mi colega, Carmen González Marín, que *“el tiempo de la reflexión académica acerca de las mujeres es aún tierno y las preguntas al respecto más abultadas aún que las respuestas que puedan darse”*¹¹. Y como la madurez sea quizá un signo equívoco que nos hace bajar la guardia y nos enreda en madejas que se ufanan de no dejar cabo suelto, es adecuado desear que la inmadurez de estos estudios dure aún mucho tiempo, permitiendo a quienes los encaran hacerlo con el énfasis y predisposición que toda intención de movimiento requiere. Si las esforzadísimas señoras del XIX y del XX hubieran tenido acceso a las estadísticas que manejan sus iguales del XXI quizá no hubieran hecho tantísimo esfuerzo por escapar de ciertas idiosincrasias culturales y sociales que las constreñían a un formato de vida que, limitado y casi siempre angustioso, se enmascaraba de una deliciosa ligereza. No quiero decir con esto que todo ese largo periplo de rebeldías y búsquedas haya sido infructuoso, ni mucho menos. Sin él, sería impensable para las mujeres el mundo en que vivimos. Precisamente gracias al mencionado periplo podemos hoy desechar la conveniencia de algunos logros que entonces parecieron míticos y abrazar

¹¹ HUGUET, M. y GONZÁLEZ MARÍN, C. (Eds): *Género y espacio público. Nueve ensayos*, op. cit. p. 14.

en cambio otros que en su momento ni siquiera resultaron amables para las pioneras. La religión como principal área de amparo público por ejemplo estaría entre los primeros, mientras que los tortuosos designios que la medicina tenía reservados a las mujeres, lo harían entre los segundos. Hoy pocas recuerdan los padecimientos inoportunos de las mujeres que se sometieron a los primeros medicamentos para controlar su fertilidad¹², ni tampoco se les ocurre pensar que las primeras señoras que atacaron los bastiones del encierro doméstico lo hicieron desde la perspectiva de la caridad cristiana en materias tan incómodas como la salubridad y la higiene pública.

Si aquellas mujeres del XIX hubieran tenido a mano estadísticas para conocer científicamente, y no por mera intuición, que los hombres se morían tres veces más que las mujeres en la edad joven y generosa por causa de su condición varonil que les afanaba en el ardor guerrero y el riesgo, o que, en su imprudencia juvenil, se mataban tanto entre sí como a sus mujeres, a las que deseaban poseer incluso muertas, quizá, y solo quizá, hubieran seguido el camino hacia la igualdad. Ser iguales en los derechos civiles, en el acceso a la vida pública, comportaba riesgos e incomodidades que podían no tener cuenta. Afortunadamente, la ignorancia científica de nuestras predecesoras nos favorece hoy. Se argumentará –y con razón– que es precisamente el arriesgado horizonte el que merece la pena, y que las señoras han tenido pleno derecho a enfrascarse en reyertas callejeras o a morir en un frente de batalla tan alejado de casa que sus restos mortales nunca pudiesen regresar a la tierra que los vio nacer. Se dirá que las mujeres han descubierto por fin que la maternidad solo era una opción, ajena incluso al sexo de quien la perseguía, y que la masculinidad puede ser un horizonte tan legítimo para las mujeres como lo es hoy el feminización de los varones; o que la feminidad libremente elegida ya no ha de ser denostada por las personas feministas como lo fue hace unas décadas, porque quienes la abrazan –hombres también– lo hacen

¹² PFEFFER, N.: *The Stork and the Syringe: a political history of reproductive medicine*, Cambridge, Polity, 1993.

precisamente en el ejercicio de su derecho individual a existir de la manera que más les place. Hoy es tan legítimo –para mujeres y hombres- vivir de su inteligencia, como ganarse el sustento con la fuerza física o el encanto personal. Mientras en muchas zonas del mundo las mujeres luchan aún por su vida, por su visibilidad y el reconocimiento de unos derechos que se materializaron con el liberalismo decimonónico en Occidente, aquí hay chicas que vuelven a considerar que la igualdad responsable exige sacrificios intolerables para el logro de sus particulares afanes. Aquí, las prendas de la resignación y la modestia son parte del pasado, y el orgullo de género trasciende en sus posibilidades reales las expectativas del mero equilibrio largamente buscado.

Esta asimetría espaciotemporal con respecto a las relaciones de género roza en ocasiones lo inverosímil y provoca una impresión de enorme desazón. Las mujeres del planeta se reconocen entre sí por el conjunto de sus afanes compartidos menos que nunca antes. En la así denominada sociedad contemporánea, que ni es tiempo ni espacio propiamente dicho, sino una simple construcción histórica de dudosa permanencia, cada mujer libre configura su propio destino y transita en su particular lucha, ayudada si hay suerte por Estados más o menos sensibles a su situación. Cuando los estereotipos y los papeles sociales han pasado de moda, presiento que la individualidad en la acción es muy semejante a la de la época de las pioneras. Cada quien perfila su ego en la soledad enfatizante de la experiencia, de ahí que en los sectores menos proclives a lanzar miradas al mundo lejano de la desigualdad y el abuso, suenen distorsionados –por antiguos y obsoletos- los discursos sobre el género y las políticas de igualdad. La igualdad –se admite- consiste en que se reconozca a las mujeres el derecho a ser tan perversas como los hombres y que, al serlo, no se las obligue a acusar recibo de las quejas acerca de su *genuina* maldad. Se puede nacer con uno u otro sexo y

elegir después libremente el camino de la indiscreción e incluso, el de la perversión.

A comienzos del siglo XXI para ser líder, para brillar con luz propia en el marasmo de la masa, y aunque algunas logren estas metas exclusivamente por ello, ya no es suficiente con ser mujer. No siendo demasiadas, sin embargo algunas se han convertido en jefes del ejército y de la nación. Las feministas más estrictas acusan a estas damas de actuar con hábitos masculinos o hacerlo bajo un ejercicio sumamente conservador. Aquel que sea cojo nunca elegirá cojos en su equipo, argumentan. Hay feminismos que exigen que los rostros de mujer que lideren las empresas o los países modernos sean amables y que sus hábitos concilien el trabajo con la vida privada; demandan personas solidarias con la pobreza (no caritativas) y sensibles a la desazón humana, que sepan expresar una mueca crítica ante el dolor anónimo y las guerras ajenas y travestirse de heroínas amables.

Igualmente sugieren los feminismos que los hombres cambien, que se plieguen a esta mirada *noble* dejando atrás definitivamente el ardor guerrero y las ancestrales ansias de sangre o beneficio. En este punto de la historia, ya no es Eva la malvada sino que el malo es Adán: el culpable del deterioro de la civilización que nació de su debilidad, y del pecado de haberse vuelto mezquino y vengativo con la herencia de Eva por haberle hecho caer; el malo es Adán, por torpe, por no haber sabido templar con inteligencia las ansias de su propia pulsión. En la justificación de la fuerza física del opresor, el género femenino se torna victimista, tal y como lo hiciera el masculino a lo largo de toda la historia. ¿Qué mejor muestra de cambio?

Ciertamente, hay razones históricas de peso que amparan la *victimización* de las mujeres. La principal seguramente toma forma en la queja que nace de las consecuencias nefastas de los estereotipos. Porque las mujeres –ni siquiera las de papel- no forman parte de ningún tipo ni representan a ningún grupo, por más que el liberalismo intelectual o la ideología de clase se haya empeñado

sistematizar tipologías específicas bajo regímenes o reinos a partir de la observación minuciosa de las experiencias. Las políticas hacia ellas en cambio pretendieron promover agrupaciones ficticias en cuyo reconocimiento posterior pensamos que es posible entender a las mujeres del pasado. Si acaso, las mujeres han sido personas trascendidas por una coyuntura y un contexto, por una formación histórica en la que han expresado sus afanes con fidelidad a sus particulares creencias y a la vida de la que han sido tiro o carga -casi siempre las dos cosas a la vez.

14 de febrero de 2009